

UNA APROXIMACIÓN AL ESTUDIO DE LO IMAGINARIO EN LA ILUSTRACIÓN: EL CASO DE FRANZ ANTÓN MESMER (1734-1815)

LUCAS RISOTO DE MESA
Universidad de Málaga

1. INTRODUCCIÓN.

El objetivo de este trabajo es el de ofrecer una introducción al estudio de lo imaginario en la Ilustración. En la época en la que la razón se enseñoreaba en el ser humano por encima de todas las demás facultades, pueden rastrearse las primeras huellas de lo que más tarde será el positivismo. En autores como La Mettrie, Condillac o en los enciclopedistas franceses encontramos los rasgos más típicos del racionalismo y el empirismo de la época. Queremos mostrar aquí cómo este modo de pensar encubrió una serie de potencias imaginarias que actuaron de fondo a lo largo del siglo XVIII y que se manifestaron finalmente en la Revolución Francesa. Para ello hemos elegido el estudio de la biografía de un autor: Franz Anton Mesmer (1734-1815) el descubridor del magnetismo animal. Trataremos de explicar en qué consiste esta nueva terapéutica y qué efectos tuvo en la sociedad francesa de finales del siglo XVIII.

Poco antes del estallido de la revolución, París estaba sumido en una situación cercana a la histeria colectiva que tenía como foco del temor los lugares de encierro. El éxito que tuvo Mesmer se debió a la atención de una demanda que era completamente ignorada por la ciencia oficial de la época. La racionalidad científica de la época estaba marcada por caracteres que le hacían imposible el reconocimiento del magnetismo animal. Tras el desencadenamiento del movimiento de masas algunos líderes (Robespierre, Marat...) adoptarían el rol de hipnotizadores colectivos y llevarían a toda Francia al reinado del Terror.

2. EL NACIMIENTO DEL MAGNETISMO ANIMAL.

El 23 mayo de 1734 nace Franz Anton Mesmer, el descubridor del magnetismo animal, en la aldea de Iznang en Suabia. La formación académica de Mesmer es digna de consideración: realiza estudios en Dilinga, Ingolstadt y en 1759 estudia medicina en Viena. Posteriormente, en 1766 publica su tesis doctoral *De planetarum influxu in corpus humanum*. Se trata de un tratado de astrología médica en donde relaciona los cuerpos

celestes con las formas de salud y enfermedad y con la anatomía del cuerpo humano. En 1774 Mesmer se interesa en los tratamientos con imanes del jesuita Hell y utiliza un imán para producir una marea artificial en una paciente. Al parecer, este tipo de tratamientos era muy efectivo contra el dolor y en las enfermedades psicósomáticas. Mesmer se entusiasma con los resultados y cree haber descubierto el fluido que mantiene vivo todo el universo. Durante mucho tiempo pensará que el magnetismo de los imanes es capaz de influir en el cuerpo enfermo de un ser humano. Mas adelante modificará sus tesis. Habría que diferenciar entre un magnetismo mineral y uno animal, y la eficacia terapéutica solamente se debería a éste último. No serían ya los imanes los que irradian este fluido curativo sino ciertas personas. Éstas son las tesis propiamente mesmerianas. En la doctrina del médico austríaco “de todos los cuerpos de la naturaleza es el hombre el que actúa con más eficacia sobre el hombre”.

En 1779 Mesmer redacta sus famosas 27 proposiciones en su *Informe sobre los descubrimientos del magnetismo animal*¹.

Las cuatro primera proposiciones definen las principales características del fluido magnético:

1. Existe una influencia mutua entre los cuerpos celestiales, la tierra y los cuerpos animados.
2. El medio de esta influencia es un fluido distribuido universalmente y continuo... que es capaz de recibir, comunicar y propagar todas las impresiones del movimiento.
3. Esta acción recíproca está subordinada a leyes mecánicas que son hasta el momento desconocidas.
4. De esta acción resultan una serie de efectos alternos a los que nos podemos referir como flujo y reflujo.

Más adelante conocemos las relaciones que presenta el fluido con el organismo animal y las diferencias entre el magnetismo animal y el mineral:

8. El cuerpo animal contiene los efectos alternos de este agente que se expresa en la sustancia nerviosa y en los afectos.
9. En el cuerpo humano se hace especialmente manifiesto que las propiedades de este agente son similares a las del imán. Se pueden distinguir asimismo polos opuestos, los cuales se pueden comunicar, destruir y fortalecer.

1 TINTEROW M.M. *Foundations of hypnosis : from Mesmer to Freud*. Springfield : Charles C. Thomas, cop.1970. p.p.54-56

10. Esta propiedad de los cuerpos animales que los hace estar bajo la influencia de los cuerpos celestiales y de la acción recíproca de aquéllos que lo rodean, tal y como muestra su analogía con el imán, es lo que me ha inducido a llamarlo *magnetismo animal*.

20. El imán, ya sea natural o artificial, junto con otras sustancias, es influenciado por el magnetismo animal y por las propiedades opuestas, sin que su efecto sobre el hierro y las agujas experimente ninguna alteración de ningún tipo. Esto prueba que los principios del magnetismo animal difieren esencialmente del magnetismo mineral.

Por último, Mesmer especifica muy claramente el campo de aplicación de su terapéutica.

23. *Se podrá ver en los hechos siguiendo las reglas prácticas que he establecido, que este principio puede curar enfermedades nerviosas directamente y otras de forma indirecta.*

Mesmer va poco a poco cosechando éxitos. En 1775 la Academia del Electorado de Baviera lo nombra miembro. Al año siguiente tiene la oportunidad de tratar al consejero Osterwald que padece una parálisis y una visión debilitada. El tratamiento es un éxito y el consejero escribe “Si alguien pretende decir que esta historia de mis ojos es pura fantasía, debo decir que me parece muy bien, pero en lo sucesivo no voy a pedir a ningún médico del mundo sino que acierte a imaginarme que estoy sano”².

En 1777 Mesmer trata la ceguera de la señorita Maria Theresa Paradis, una chica con un gran talento musical que se quedó ciega a los cuatro años. Fue apadrinada por la emperatriz en persona que le concedió a los padres una pensión de doscientos ducados de oro y corrió con los gastos de su educación musical. La chica fue tratada por los mejores oftalmólogos de Viena, el cirujano de cataratas Barth y por el médico de la corte Stoerk. Todos declararon unánimemente que su ceguera era incurable. Mesmer, en cambio, aceptó el tratamiento y afirmó, después, haberle devuelto la vista. Los médicos negaron la supuesta mejoría de la chica tachándola de mera “fantasía” [*Imagination*]. No obstante, es interesante leer el informe que redactó el señor Paradis, viejo secretario de la corte³:

“Tras un tratamiento magnético corto pero intenso del doctor Mesmer, ella empezó a distinguir los contornos de los objetos y de las figuras que se le colocaban delante. Pero el nuevo sentido era tan sensible, que ella sólo podía reconocerlos en una habitación muy oscura, protegida con postigos y cortinas. Si alguien pasaba con una luz, aunque fuera rápidamente, delante de los ojos cubiertos con cinco vendas superpuestas, la niña caía de golpe al suelo como tocada por un rayo.”

2 ZWEIG, S. *La curación por le espíritu. (Mesmer, Mary Baker-Eddy, Freud)*. Barcelona: Acantilado. 2006. p.p 59-60

3Ibíd., p. 73-76

“El sentido recuperado la trasladó al primer nivel de la naturaleza, por lo que la niña está totalmente libre de prejuicios y llama a las cosas sólo según la impresión natural que le producen. Juzga certeramente a las personas a partir de su fisonomía y saca de ahí conclusiones acerca de sus cualidades morales.”

“Todos los objetos en que repara a cierta distancia le parecen pequeños y cree que aumentan de tamaño a medida que se le acercan. Cuando se lleva un pedazo de pan a la boca con los ojos abiertos, le parece tan grande que no cree posible que pueda caberle dentro.”

“Para complacerla, a la mañana siguiente tuvieron que llevarla al jardín con la luz del día... Como era un día claro, no pudo soportar por mucho tiempo la luz en el jardín sin protegerse los ojos. Ella misma pidió que se los vendaran de nuevo, porque la sensación de la luz era todavía demasiado intensa para su débil sentido de la vista y le producía vértigo... Con esta dispersión del sentido ocurre que tiene que concentrarse más cuando toca el piano, pues antes podía tocar grandes conciertos con la mayor precisión y a la vez conversar con los espectadores presentes. Ahora, con los ojos descubiertos, le resulta más difícil tocar una pieza. Se fija en cómo los dedos revolotean por el teclado y se equivoca en muchas notas.”

Lo que importa en estas declaraciones, no es tanto que Mesmer llevara razón contra los médicos (puesto que la chica volvió a estar ciega más tarde), sino *que la viveza de la experiencia delata la presencia de lo imaginario*. Son todas esas exageraciones, “delante de los ojos cubiertos con cinco vendas superpuestas, la niña caía de golpe al suelo como tocada por un rayo”, “todos los objetos en que repara a cierta distancia le parecen pequeños y cree que aumentan de tamaño a medida que se le acercan”, esa extraña conducta de la chica “ahora, con los ojos descubiertos, le resulta más difícil tocar una pieza” lo que permite inferir que la visión de la señorita Paradies era una experiencia imaginaria. Y sin embargo, no por ello cabe considerar un fracaso el tratamiento de Mesmer. Al contrario, lo que despierta el máximo interés es la capacidad que tiene el imaginario para generar tales experiencias.

El caso de la señorita Paradies despertó una fuerte aprensión entre los médicos de la época. No se permitió que Mesmer divulgase el supuesto éxito de su terapia. Además trataron de impedir que siguiera con sus curas magnéticas. Los padres de la chica, temerosos de perder los doscientos ducados anuales que la corte concede a la desvalida se opusieron a que se prosiguiera con su tratamiento. Solamente la señorita Paradies se negó en rotundo a volver a casa de los padres y prefirió quedarse en casa de Mesmer a pesar de las insistencias de los padres. Fue preciso que interviniera la comisión de la moral a cargo del arzobispo de Viena⁴, el cardenal Migazzi, la emperatriz y toda la corte para que

⁴Ibid., p. 78

Mesmer pusiera fin definitivamente a sus prácticas. Finalmente, en 1777, Mesmer abandonó Viena cansado de la presión a la que estaba sometido.

3. MESMER EN PARÍS.

En 1778 Mesmer viaja a París. Hacia la segunda mitad del siglo XVIII la tensión social y política iba en aumento. Para los médicos de la época las enfermedades nerviosas se habían convertido en algo bastante frecuentes. Así Tissot dice que “eran bastante menos frecuentes de lo que son hoy día... las causas que producen las enfermedades nerviosas en particular se han multiplicado en mayor proporción que las otras causas de las enfermedades en general”⁵ Y Matthey advierte del peligro de caer en la sinrazón “no os glorifiquéis hombres civilizados y sensatos; esa pretendida sabiduría de la cual os vanagloriáis puede quedar destruida o perturbada en un instante; un acontecimiento inesperado, una emoción viva y repentina del alma, pueden transformar instantáneamente en furioso o en idiota al hombre más razonable y de mayor ingenio”⁶

Por otro lado, los lugares de encierro se habían convertido ya en focos de un gran temor. Pero este horror ejercía igualmente un irresistible atractivo. “Allí, los excesos más infames se cometen sobre la misma persona del prisionero. Se nos habla de ciertos vicios practicados frecuente y notoriamente, e incluso en público en la sala común de la prisión, vicios que la decencia de los tiempos modernos no nos permite nombrar”⁷ cuenta Mirabeau, y en un informe del Comité de la Mendicidad puede leerse “siempre esa confusión de edades, esa mezcla de muchachas ligeras y de mujeres inveteradamente viciosas, que no podían enseñarles a las primeras sino el arte de la corrupción más desenfrenada”⁸. El temor y la fascinación se confunden en torno a estos lugares simbólicos que en otro tiempo albergaron la lepra. Con el tiempo se hicieron sospechosos. Algo irradiaba desde allí y excitaba poderosamente el imaginario.

En 1780 una epidemia se extiende por París. Todas las sospechas recayeron inmediatamente en el Hôpital Général. Se habló incluso de ir a quemar las construcciones de Bicêtre. El teniente de policía tuvo que enviar una comisión de investigación y se redactó un informe. Se reconoció en Bicêtre una “fiebre pútrida” pero, según el informe, el

5 FOUCAULT, M. *Historia de la Locura*. Madrid: FCE, 1967-2000 p.p. 38. TISSOT. *Traité des maladie des nerfs*. Prefacio, t. I, pp. III-IV.

6 *Ibid.*, p. 39. MATTHEY. *Nouvelles recherches sur les maladies de l'esprit*. París, 1816, 1ª parte, p. 65

7 *Ibid.*, p. 34. MIRABEAU. *Relation d'un voyageur anglais*, p.14.

8 *Ibid.*, p. 35. Relación hecha en nombre del Comité de la Mendicidad, Asamblea Nacional, proceso verbal, t. XLIV, pp.80-81

origen de la infección debería buscarse en otra parte, posiblemente en el mal tiempo. “Los rumores que han comenzado a extenderse de que existe en Bicêtre una enfermedad contagiosa capaz de infectar a la capital son completamente infundados”.

En realidad tal y como Foucault supo ver muy bien “lo que el clasicismo había encerrado no era solamente una sinrazón abstracta donde se confunden locos y libertinos, enfermos y criminales, sino también una prodigiosa reserva de fantasía, un mundo dormido de monstruos. Los lugares de confinamiento han mantenido en la sombra una potencia imaginaria que se podía creer exorcizada. El confinamiento ha permitido esta resistencia de lo imaginario. Toda la literatura fantástica de la locura y del horror se sitúa en lugares de confinamiento.”⁹

Así pues, la situación en París a finales del siglo XVIII era de aguda tensión. No interesa aquí analizar los factores objetivos que desencadenaron la Revolución Francesa como la Guerra de los Siete Años (1756-63), o el malestar generalizado hacia el Antiguo Régimen, incapaz de hacer frente a las necesidades del pueblo. Se trata más bien de registrar, en la superficie del imaginario, las huellas que señalan el desencadenamiento de un movimiento de masas.

Mesmer llegó a un París que estaba en una situación cercana a la histeria colectiva. Podían encontrarse a personajes como el Conde de Saint Germain (¿1696?-1784), de quien se decía que tenía más de mil años y que había estado en lugares como la India o el Tibet en tiempos remotos. Según ciertos rumores habría estado en las bodas de Canaá y habría conocido a Buda. También estaba Cagliostro (1743-1795), personaje que se presentaba en las cortes como médico y alquimista y afirmaba tener recursos milagrosos para curar toda clase de enfermedades. Su verdadero nombre era desconocido. Más tarde sería encarcelado en la Bastilla por fraude. Mesmer en cambio, se presentó como un médico con un novedoso tratamiento para las enfermedades nerviosas. A diferencia de los anteriores pretendió un reconocimiento científico que sólo al final de su vida se le daría. La formación de Mesmer (con estudios de medicina en universidades de reconocido prestigio) hizo imposible confundirlo con un charlatán. El éxito que tuvo en el París de finales de siglo fue arrollador.

En 1779 el médico austríaco publica el *Informe sobre los descubrimientos del magnetismo animal* donde expone sus famosas veintisiete proposiciones. Su doctrina tiene numerosos partidarios y detractores. Entre los partidarios estaban el marqués de Lafayette y el ministro Mourepas que le concede un sueldo vitalicio de veinte mil libras además de

⁹ *Ibid.*, p. 35.

vivienda. Pero para aquel momento el revuelo que había formado Mesmer en París fue de tal magnitud que rehusó la oferta del ministro: “no puedo aceptar un contrato con ningún gobierno si antes no se reconoce de forma explícita, sin rechazos, mi descubrimiento”¹⁰. Se trataba de sus insistencias para que la Real Academia de las Ciencias reconociera definitivamente su doctrina como un descubrimiento científico de gran magnitud. Pero precisamente era esto lo que más se le negaba. De manera que amenaza con irse: “mi descubrimiento y yo mismo debemos ser recompensados con una generosidad digna del monarca con el que me comprometo”. Entonces aparecen docenas de escritos en su defensa. En la catedral de Burdeos, el padre Hervier predica el nuevo dogma del magnetismo. Lafayette habla a Washington con entusiasmo de la doctrina de Mesmer. Además de fusiles y cañones habría que llevar según él la doctrina de Mesmer. La burguesía termina dando a Mesmer mucho más de lo que se le había ofrecido inicialmente. Además, sus discípulos fundan la llamada “Sociedad de la Armonía” en ciudades como Lyon, Burdeos o Estrasburgo.

Ante la avalancha de peticiones, Mesmer decide quedarse. Se instala en un palacio propio, en el hotel Buillom de la calle de Montmartre. Es allí donde escenifica sus curas. En el interior de la clínica coloca unos palcos donde acuden diariamente aristócratas y burgueses a contemplar el espectáculo de la terapia. En el centro está situada una gran cubeta magnetizada que irradia el fluido curativo entre los enfermos. Como complemento, Mesmer adereza las sesiones con una voces corales o una música tenue que tendría en efecto de amplificar el poder terapéutico del fluido. Se trataba de seguir los principios de la “teoría de la crisis” según la cual la cura se produce cuando la enfermedad alcanza su punto más alto. Los pacientes se situaban alrededor de la gran cubeta e iban experimentando la acción del fluido magnético hasta que padecían una crisis aguda que los liberaba de su mal. En los casos en que las crisis se hacían muy graves o en enfermos que adoptaban una conducta muy agresiva, se los trasladaba a la llamada *salle de crisis* que estaba preparada en su interior para tales circunstancias. También había salas de crisis especialmente para mujeres. Estas salas eran objeto de burla porque se decía que se calmaba a las mujeres acudiendo a medios bastante groseros.

4. LA INTERVENCIÓN DE LA REAL ACADEMIA DE LAS CIENCIAS.

En 1784 la Real Academia de las Ciencias examinó la cuestión del magnetismo animal. Fue designada una comisión cuyos principales miembros eran Benjamin Franklin, Bailly, Lavoisier, (estos dos mueren en la guillotina), Jussieu y Guillotin.

10

ZWEIG, S. *op. cit.*, p.86.

El 11 de agosto de ese año, la comisión redactó un documento oficial. Éste reconoce los efectos de las curas¹¹. “Unos están tranquilos, quietos y extasiados; otros tosen, escupen, experimentan un ligero dolor, un calor tópico en todo el cuerpo y sudores; otros sufren convulsiones. Las convulsiones son extraordinarias en número, duración e intensidad. En cuando empiezan en un paciente, se manifiestan en todos los demás. La comisión ha visto algunas que han durado hasta tres horas, acompañadas de expulsión por la boca de un agua turbia y viscosa, debida a la violencia de estos esfuerzos. En ella aparecen también algunos rastros de sangre. Dichas convulsiones se caracterizan por rápidos e incontrolables movimientos de los miembros y de todo el cuerpo, contracciones de garganta, espasmos en la región del abdomen y del estómago, por una turbación y fijeza de la mirada, gritos estridentes, eructos, lloros, risotadas desbocadas; las siguen largos estados de lasitud y fatiga, abatimiento y consunción... *Nada más asombroso que el espectáculo de estas convulsiones: quien no las ha visto, no puede hacerse una idea de ellas.*” No hay duda, por lo tanto, de los efectos reales que tiene la hipnosis. “Después de ver estos resultados continuos, *no se puede negar una cierta fuerza que actúa sobre las personas y las domina y cuyo vehículo es el magnetizador*”. Pero el objetivo de la comisión consiste en comprobar si existe algún fluido magnético. Ésta determinará su existencia a partir de la *présence sensible*. Por lo tanto se trata de saber si se puede acceder al fluido mediante alguno de los cinco sentidos y si puede medirse de alguna manera. La conclusión de la Academia es la siguiente: “*S’il existe en nous et autour de nous, c’est doncs d’une manière absolument insensible*”. Los miembros de la comisión también se hacen hipnotizar a sí mismos. “Ninguno de nosotros ha sentido nada o por lo menos nada que pueda explicarse como reacción al magnetismo.” La última prueba consiste en un experimento. Presentan a una mujer varias tazas una de las cuales ha sido magnetizada previamente. La mujer no sabe distinguir cuál de ellas contiene el fluido magnético.” La conclusión que extrae la comisión es la siguiente: si el fluido magnético no es visible, ni mensurable, si sus efectos no pueden repetirse en condiciones de laboratorio entonces necesariamente el magnetismo animal producto de la *es imagination*, de la fantasía. *Pero esto, en la época clásica, es lo mismo que decir que es una pura patraña*. El paso lógico siguiente hubiera sido formular la pregunta: *¿y qué es la imaginación, si es capaz de provocar tales efectos?* Sin embargo, era imposible conceder a la imaginación el privilegio de objeto de estudio si tenemos en cuenta que la ciencia imperante en la época está en la línea de la tradición cartesiana donde la imaginación es una de las tres fuentes de todo error junto con el sueño y la locura. El resultado final es que se termina considerando el magnetismo como fruto de la superstición de los participantes. En lugar de explicar el fenómeno se lo rechaza.

La comisión añade un dato más a esta investigación muy curioso: “una vez los miembros de la comisión han comprobado que el fluido del magnetismo animal no se puede percibir

11ZWEIG, S. *op. cit.*, p.98-99

por ninguno de nuestros sentidos... y tras verificar que los toques y las fricciones sólo algunas veces han producido cambios favorables en el cuerpo y siempre trastornos peligrosos en la imaginación... han concluido unánimemente que nada prueba la existencia de un fluido magnético-animal y que en consecuencia, este fluido indemostrable no tiene utilidad alguna, que los poderosos efectos que se han observado en el tratamiento presentado son atribuibles en parte al contacto físico, a la imaginación con él excitada y al automatismo... *Asimismo, esta comisión se siente en el deber de añadir que estos contactos físicos, estas repetidas excitaciones destinadas a provocar crisis, pueden ser nocivas, y que el hecho de presenciarlas puede ser peligroso porque alienta a imitarlas*, algo que la naturaleza nos ha impuesto, y por esta razón este tipo de tratamiento a la larga sólo puede tener consecuencias perniciosas.” Junto con este informe público, la comisión adjunta otro secreto dirigido al rey donde se señalan los peligros que comporta para la moral la excitación nerviosa y la promiscuidad de los sexos. Se trata del vínculo clásico entre los excesos de la imaginación, el peligro de la locura y el libertinaje. Estos tres grandes temas están guardados una estrecha conexión en la medicina de la época. Las potencias de lo imaginario y sus efectos actúan siempre en los límites del conocimiento oficial que se empeña en mantenerlos al margen para identificarse a sí mismo como racional.

En 1792 Mesmer se va de París. Esta fecha señala el final del proceso de construcción de la categoría de “superstición” como lo otro de la sana luz de la razón. Todo ese mundo de brujas, espectros y diablos, del que Goethe se servirá tan bien en su obra, quedará vinculado a la figura de Mesmer. En las librerías aparecerán grabados que representan la victoria de la ciencia contra el oscurantismo. En uno de ellos aparece el dios Esculapio, triunfante, lanzando rayos desde su cayado contra Mesmer y un Cerbero furioso devorando su cuerpo. En otro aparece la figura de un burro tratando de hipnotizar a una dama de la aristocracia que mira desconfiada. Además de los residuos de animismo en la religión, la superstición tiene también lazos anudados en profundidad con el fanatismo y con la estupidez. El filósofo del siglo XVIII, en la medida en que razona con corrección y fundamenta debidamente sus juicios, se mantiene siempre a salvo del oscurantismo y conjura los efectos perniciosos del imaginario. Pero este mantener a raya lo irracional es precisamente lo que contribuye a su reproducción.

El 14 de julio de 1789 el pueblo francés asalta la fortaleza la Bastilla, el lugar de confinamiento por excelencia del Antiguo Régimen. Lo que se afirma en este trabajo es que hay una relación directa entre el desencadenamiento de un movimiento de masas y la descalificación de Mesmer ante la ciencia de la época. Más adelante, ya en plena revolución, otros menos benévolos (Robespierre, Marat...) ocuparían el puesto de hipnotizador en un arrebato descomunal de histeria colectiva. El rechazo de los elementos irracionales fue un factor que contribuyó poderosamente al fin del Antiguo Régimen.

BIBLIOGRAFÍA

ELLENBERGER, H. F. *El descubrimiento del inconsciente. Historia y evolución de la psiquiatría dinámica*. Madrid: Gredos. 1976

FOUCAULT, M. *Historia de la Locura*. Madrid: FCE, 1967-2000

FREUD, S. *Psicología de las Masas*. Madrid: Alianza editorial. 1969-2005

TINTEROW M.M. *Foundations of hypnosis : from Mesmer to Freud*. Springfield : Charles C. Thomas, cop.1970.

ZWEIG,S. *La curación por le espíritu. (Mesmer, Mary Baker-Eddy, Freud)*. Barcelona: Acantilado. 2006.